

Siempre que veo estas luces me acuerdo de ti...

Siempre que veo estas luces me acuerdo de ti. Y cada año es el último... hasta el siguiente. Creo que al final voy a tener que aceptar que me gusta.

Apenas recuerdo la primera vez que te vi. Debe ser porque tu actitud arrogante de preescolar nos tenía a todos un poco asustados. No estábamos acostumbrados a esa decisión con la que ordenabas qué hacer con los juguetes o cuándo teníamos que ir a merendar. Aun así, poco a poco, aprendimos a conocernos, a encubrirnos y esconder travesuras. A ser cómplices de paredes pintadas y carreras de hormigas. Nuestros padres no entendían como era posible que pasásemos horas sin tener que hacer nada especial. Simplemente hablando e imaginando vidas donde papá y mamá tenían un coche de cartón y vivían bajo dos sillas cubiertas con una sábana. Sabíamos perfectamente como hacer que las muñecas fuesen a las carreras e incluso que pilotasen como verdaderos ases coches llenos de pegatinas con corazones y calaveras o subiesen como capitanas de naves espaciales hechas de lego y cajas de cartón.

Supongo que fue el crecer juntos lo que nos separó; el conocernos demasiado se convirtió en una amenaza adolescente. Nos mirábamos y hacía falta poco más para saber lo que pensábamos. Todas las inseguridades de uno estaban a la vista del otro. Los anhelos se convirtieron en miedo y el chico de la guitarra, con sus letras manidas y tres acordes gastados fue el primero que se atrevió a cortar la cuerda invisible que nos unía, que a veces hasta nos ahogaba pero que nos mantenía seguros en nuestras vidas, sabiendo que nunca estaríamos demasiado lejos. Desde ese momento, la deriva del día a día nos mantuvo aparte. Cualquier excusa valía para acortar los paseos, para que las conversaciones intrascendentes se volvieran incómodas. Los otoños empezaron a ser diferentes. Ya no nos buscábamos en octubre para subir a los hayedos y beber agua helada ni pasábamos noviembre buscando regalos para todos, comentando y criticando. Ni la navidad era diferente porque nos teníamos allí, porque había una razón más para pasar horas planeando viajes imposibles y volviendo a ver las mismas películas en la tele.

La universidad fue la excusa perfecta, la razón válida para romper todos los pactos firmados por miradas y guardados con celo en la memoria. Separados por una distancia física, el contacto fugaz y superficial de una llamada de teléfono nos parecía suficiente para justificar nuestra amistad. Incluso la vuelta a nuestra ciudad era un poco más especial. Hablábamos durante horas de literatura y física. Verte dejó de ser algo trascendente y único. Creo que hasta dejó de doler. La licenciatura se encargó de deshilar lo que el tiempo arrancaba y nos convertimos en un recuerdo al pasar nuestros nombres en la agenda del móvil. En la tarea que

siempre se relega. Entre medio estuvieron Carlos, Luis y algún otro del que sólo recuerdo su mención vaga. Quizá sea mi memoria, o la necesidad de no asociar esos nombres contigo. No es que te tenga siempre presente, pero mentiría si dijese que no busco en los demás lo que creo que esperarías de ti. Lo hago de manera inconsciente, lo sé, pero lo hago.

Ayer fue uno de esos días en los que viniste a mi memoria. Debe ser porque esta semana me sabe a paseos y nariz fría, a chocolate caliente en tazas heladas, a excusas para escaparme de ti y sorprenderte con el regalo que prometí no iba a traer. Puede que sea eso, o puede que sea la causalidad, pero las luces en la calle, la gente volviéndose amable de repente...todo alrededor me devolvió a esas navidades de hace mucho tiempo contigo cerca.

Tengo muy claro que fuiste mi mejor amiga, pero ¿qué queda de eso con el tiempo? ¿Cómo se madura cuando falta el apoyo sobre el que descansa la amistad? En mi cabeza es como una fractura mal soldada que se resiente en los días húmedos, aunque desde fuera todo está bien. Por otro lado, los años han asentado los sentimientos y siempre me vuelvo a tu recuerdo con una sonrisa.

Cuando llegué a casa con la cara helada y sin dejar que abriese la puerta, Violeta, mi vecina y vigilante, abrió su casa para darme el paquete que el mensajero, un joven muy atento pero que debería afeitarse más a menudo, según Violeta, había dejado por la mañana. Le agradecí el gesto y rechacé el café que me ofreció antes de cerrar. Sin quitarme el abrigo siquiera abrí el paquete. El libro tenía tu nombre en la portada y un título impreso con una fuente demasiado rebuscada: "Siempre que veo estas luces me acuerdo de ti..." .

No sé qué hora es. Sigo con el abrigo puesto sentado en el sofá. Acabo de terminar de leer tu libro y acabo de empezar a vivir otra vez. Es bonito saber que los lazos invisibles que nos separan no se terminan de romper. Mañana volveremos a pasear bajo estas luces. Mañana volveremos a disfrutar la navidad.

José M^a Santa Bárbara